

temporales y vivían según la carne, en lugar de servir á Dios; otros, decían, iban á la iglesia, pero no hacían más que hablar, reír, decir chistes ó palabras feas, ó dormir (1). En 1429 el concilio de París repitió las mismas quejas (2). El ejemplo de los clérigos debía ser fatal para aquellos fieles que aún conservaban su fe. Las iglesias fueron quedando desiertas: sólo el sacerdote asiste á los maitines y á las vísperas, dice *Clemengis*. Las prácticas religiosas llegaron á ser objeto de risa para los indiferentes (3), y, como la religión se confundía con estas prácticas, no se vió en ella más que una superstición buena para los tontos. En el siglo xv había ya familias en que solamente las mujeres practicaban (4). La indiferencia general se manifestó en un hecho más escandaloso: los cristianos cambiaban de religión según les convenía (5). No era seguramente la convicción la que movía á los discípulos de Cristo á abrazar la fe de Buddha ó de Mahoma, era la indiferencia llevada hasta la incredulidad.

§ III. — La incredulidad.

La indiferencia no es todavía la incredulidad; el indiferente niega las verdades de la religión, se contenta con no cumplir los deberes que impone; pero, como no tiene convicción, es frecuente ver á los que durante su vida no han llenado las prácticas religiosas volver al seno de la Iglesia ántes de morir, no por persuasión, sino por cálculo ó por temor. El incrédulo va más allá; ataca los

(1) BERNHARDI BAPTISATI *Invectiva* (VON DER HARDT, *Concil. Const.*, t. I, p. 885).

(2) *Concilio de Paris*, de 1429, c. 2, 4 (MANSI, t. XXVIII, p. 1097).

(3) *Concilio de Reims*, de 1408 (MANSI, t. XXVI, p. 1072).

(4) La madre del místico alemán ENRIQUE SUSO no asistió á misa durante treinta años, por temor á su marido (ULLMANN, *Reformatoren vor der Reformation*, t. II, p. 206).

(5) *Andrae Episcopi Megarensis Gubernaculum Conciliorum* (VON DER HARDT, *Concil. Constant.* t. IV, p. 180): «*Abierunt alius in legem Tartaricam, alius in Muhammedicam, alius in legem idolatricam, alius in legem judaicam, et dereliquerunt Dominum Jesum et recesserunt a Deo.*»

dogmas religiosos; puede volver á la fe por medio de una conversión ruidosa; pero, si persiste en su oposición, viene á parar al escepticismo absoluto, á ménos de que la necesidad de creer le conduzca á creencias que la razón puede aceptar. Según esto, parece que no debía haber incredulidad más que en las clases que tienen tiempo y medios de desarrollar su inteligencia. Pero la incredulidad es contagiosa; cuando ha invadido las clases superiores, es raro que no descienda á las demás regiones sociales. Esto es lo que sucedió en la Edad Media; vamos á ver qué la incredulidad invadió hasta el clero.

Un emperador es el heresiarca de la secta de los incrédulos. No porque Federico II haya sido el primer desertor de la fe cristiana, sino porque la apostasía del vicario temporal de Jesucristo llenó de asombro y de horror á los contemporáneos; llegó á constituir un tipo. La tradición acumuló sobre su cabeza todos los signos de la incredulidad, todos los insultos que proferían los enemigos de Cristo. Se le imputó la blasfemia de los *Tres Impostores*; Gregorio IX le acusó de negar la Encarnación: «Se atrevió á afirmar, dice el Papa, que son unos necios los que creen que Dios nació de una vírgen, puesto que nadie puede nacer más que del comercio carnal del hombre y de la mujer.» La Eucaristía se prestaba á chistes profanos: «¿Qué Dios es ése que nace en los campos de trigo?» Sin embargo, aquel *Dios pan* era el fundamento más sólido de la dominación clerical; el Emperador se indignaba, y exclamaba cuando veía pasar el Santísimo Sacramento: «Hasta cuando ha de durar esta farsa?»

Si hemos de creer á Gregorio IX, la incredulidad de Federico II era sistemática; decía que «no se debe creer más que lo que está en armonía con la razón y con la naturaleza de las cosas» (1). Este es el principio del racionalismo, el enemigo más peligroso de las religiones reveladas. Los racionalistas no tienen que avergonzarse de su jefe. Un antiguo cronista dice que no le faltaba á Federico para ser sin igual en el mundo más que ser católico (2),

(1) MANSI, t. XXIII, p. 87.—Compárese el t. VI de mis *Estudios*.

(2) El hermano SALIMBENO dice en su *Crónica*, p. 354: «*Si bene fuisset catholicus, paucos habuisset in imperio suo pares in mundo.*»

y un historiador moderno añade que hubiera pasado por un héroe entre los antiguos, porque no le hubieran echado en cara su incredulidad (1).

Cuando el Emperador es incrédulo, la incredulidad se apodera bien pronto de los grandes que le rodean. Los Gibelinos eran enemigos natos de la Iglesia, lo cual quiere decir que estaban en la pendiente que conduce á la oposicion religiosa. Se los acusaba de «no tener fe ni en Dios ni en el Evangelio, de no creer en la otra vida, de decir que no queda nada del hombre despues de su muerte» (2). Los jefes más ilustres del partido imperial eran tenidos por hombres sin religion. Creemos sin dificultad que *Eccelino* era un impío de la peor especie; la falta absoluta de una creencia cualquiera nos explica su vida manchada por crueldades sin cuento (3). *Pallavicini* decia públicamente que no creia en nada de la religion cristiana (4). Entre los *Visconti* la incredulidad era una virtud de familia (5).

La incredulidad de los Gibelinos de Italia alcanzaba á todos aquellos que en la guerra secular del sacerdocio y del imperio, ó en la lucha de la Iglesia y del Estado, abrazaban el partido de la soberanía laica contra las usurpaciones del clero. Un cronista acusa á los barones de Inglaterra de que no creen en Dios, que niegan la Encarnacion y la Resurreccion, y que llevan la impiedad hasta decir que la muerte pone fin al destino del hombre lo mismo que al del animal (6). Las opiniones de las clases elevadas se pintan en una obra literaria que por su popularidad pertenece á todas las naciones. Grande debe ser la sorpresa de los que, imbuidos en las ilusiones de los católicos acerca de los tiempos feudales, echen una mirada sobre el *Romance de la Zorra*; no encontrarán en él una chispa de espíritu religioso. La tendencia gene-

(1) DENINA, *Delle rivoluzioni d'Italia*.

(2) Estas son las palabras del trovador HUGO DE S. CYR (MILLOT, *Trovadores*, t. II, p. 182).

(3) ROLANDINUS, VI, 5 (MURATORI, *Scriptores*, t. VIII, p. 257).—MONACHI PADUANI *Chronica*, lib. II (URSTISIUS, *Historie Germanie*, t. I, p. 609).

(4) *Annales Mediolanens.*, c. 31 (MURATORI, t. XVI, p. 662).

(5) Los inquisidores que condenaron á Mateo Visconti dicen que tenía la incredulidad inoculada en su sangre: «*Pestiferam labem, transductam in ipsum a progenitoribus suis....*» (MANSI, t. XXV, p. 693).

(6) WALSINGHAM, *Historia Angliæ* (*Rerum anglicarum Scriptores*, p. 266).

ral del poema es burlesca, como la de la literatura del siglo XVIII; el poeta de la Edad Media parodia y degrada la religion lo mismo que Voltaire. Entremos en algunos detalles, para que se vea cuál fué el atrevimiento de espíritu de un contemporáneo de las Cruzadas.

No dirémos más que una palabra de la oposicion del poeta contra la Iglesia y contra el Pontificado; estas sátiras son muy comunes en la Edad Media. Ya la forma más antigua de la fábula de la *Zorra*, la epopeya latina, que data de mediados del siglo XII, habla en términos muy irreverentes de la ambicion del Soberano Pontífice y de su codicia, que se oculta bajo el santo pretexto de la salvacion de las almas; es un prelude de *Tartufe* (1). En la epopeya francesa la sátira se convierte en invectiva; la Iglesia, segun el poeta, es un receptáculo de vicios, y el Papa con sus cardenales ocupan el primer lugar en este reino verdaderamente satánico. El autor hace la descripción de una nave alegórica compuesta de todos los pecados. «El fondó es de malos pensamientos; está forrado de traicion, clavado con villanía y reforzado con vergüenza. De engaños está hecho el mástil, y el áncora es de malicia y fe mentida; la proa está forjada de felonía, de crueldad y de falsedad, y la nave va rodeada de un paño gris tejido de hipocresia, de pereza y de mala vida.» ¿Quién dirige y quién tripula este barco, símbolo del mal? Tiene por almirantes el Papa y los cardenales, y por tripulacion, curas y frailes de toda especie (2). Hé aquí una bonita mision para el Vicario de Jesucristo y los elegidos del Señor. El ataque es tan audaz que cuesta trabajo comprender cómo la Iglesia no ha condenado al temerario que la arrastraba por el fango; pero el autor no se cuidó de dar á conocer su nombre; el *Romance de la Zorra* es obra de todo el mundo y obra de nadie. Y ademas, en el siglo XIII el poder de la Iglesia, por inmenso que hoy nos parezca, estaba ya en decadencia. Ya sus rayos habian perdido parte de su fuerza; el poeta se burla de ellos claramente. La *Zorra* es excomulgada. ¿Cuál es el animal que la excomulga? El *asno*, transformado en *arcipreste*. La escena

(1) *Reinardus Vulpes*, ed. MONE, lib. IV, v. 1215-1259.

(2) *El Romance de la Zorra*, t. IV, p. 280-283, ed. de MEON.

de la excomunion parodia las solemnidades terribles con que procesa la justicia eclesiástica. ¿Se quiere saber la impresion que produjo la sentencia sobre la culpable? Para que no se nos acuse de exageracion, citaremos las palabras textuales del poema:

«La Zorra exclama en tono de burla: ¿Qué va á ser de mí? me excomulgan. Ya no podré comer pan, mientras no tenga hambre; ni mi puchero podrá cocer, si no lo aproximo al fuego» (1).

Un filósofo del siglo XVIII no hubiera manifestado más alegría ni más incredulidad. En otra parte cuenta la Zorra que ha estado excomulgada durante nueve años enteros; pero, dice, no es esto un gran pecado, porque mi alma no ha de ser condenada por excomunion (2). Hé aquí la negacion más radical del poder de la Iglesia; y el negar la Iglesia, que se confunde con la religion, ¿no es negar la religion?

Pasemos al dogma. El catolicismo de la Edad Media se concentra en las cosas exteriores, sobre todo en los Sacramentos; pues no hay un Sacramento que no esté parodiado en el *Romance de la Zorra*. El Bautismo, lavándonos del pecado original, nos salva de los fuegos del infierno; ¿qué es el Bautismo para el poeta? El gorrion se queja á la Zorra de que sus hijuelos padecen de la gota; la Zorra, que es un médico famoso, le aconseja que los haga bautizar: «En cuanto hayan sido cristianados, dice, quedarán curados.» La Zorra misma se encarga de la augusta ceremonia, y al bautizarlos, se los traga (3). Sabido es que el Bautismo no impide que se cometan nuevos pecados, pero el creyente tiene un medio fácil de que se los perdonen: la confesion. La Zorra confiesa sus faltas; la lista es larga y escandalosa; pero, á imitacion de la mayor parte de los que van á arrodillarse delante del sacerdote, no tiene grandes propósitos de enmendarse; más franco que los hombres, el animal confiesa ingenuamente que no llora sus pecados; casi hace gala de ellos, lo cual no es, sin embargo, un obstáculo para que alcance la absolucion (4). La Misa

(1) *El Romance de la Zorra*, t. IV, p. 376 y sig.

(2) *Ibid.*, t. III, p. 304, v. 28142-28146.

(3) *El Romance de la Zorra*, t. III, p. 197-199.

(4) *Ibid.*, p. 336 y sig.; 257 y sig.—Compárese *ib.*, p. 291 y sig., la fábula de la Zorra que se come á su confesor.

es parodiada ya, lo mismo que la confesion, en la epopeya latina (1), y con mucha más audacia en el poema galo: el *Evangelio secundum la Zorra*, es una profanacion de las cosas santas, como no se permitian hacerla en el siglo XVIII; el pensamiento y el lenguaje son tan indecentes, que apenas podrian citarse dos versos seguidos. Despues de esta impiedad ¿qué cosa faltaba ridiculizar? ¿La oracion? La Zorra no deja de hacer oracion antes de acostarse, como todo buen cristiano; pero ¿qué es lo que pide á Dios? «Se encomienda á los doce Apóstoles, y dice doce *pater-noster*, para que Dios dé salud á todos los ladrones, á todos los traidores, á todos los felones y á todos los libertinos» (2). La Zorra manifiesta igualmente su incredulidad respecto de la vida futura y de las alegrías del paraíso (3).

Si el *Romance de la Zorra* fuese una obra aislada y sin consecuencias, tendria para nosotros poca importancia; pero es sabido que nunca hubo poema más popular. Hacia las delicias de los frailes; *Gautier de Coinsi*, prior á principios del siglo XIII, les echa en cara que adornan sus celdas con escenas de la Zorra más bien que con imágenes de *Nuestra Señora* (4). Hay más; los clérigos son los que han escrito el poema (5); los elegidos del Señor son los que han entregado al escarnio público los más sagrados misterios de su religion. Ese tono burlesco, señal segura de la incredulidad, domina toda la literatura ligera; los *fabliaux* son tan impíos como el *Romance de la Zorra*. Mr. *Villemain* dice que la impiedad no era más que aparente, que habia en las almas mucha fe y mucho candor á pesar de la libertad del lenguaje (6). Creemos más bien con *Condorcet*, que respira en los *fabliaux* la libertad de pensar, libertad que muchas veces raya en licen-

(1) *Reinardus Vulpes*, p. 271-275.

(2) *El Romance de la Zorra*, t. III, p. 300.

(3) *Ibid.*, t. I, p. 191 y sig.

(4) *Ibid.*, t. I, Prólogo, p. v.

(5) GRIMM (*Reinhart Fuchs*, p. LXXVIII-LXXXVIII) conjetura que el poema latino es obra de un benedictino de Gante. Entre los autores de la *Zorra francesa* se halla un cura de la Croix-en-Brie. (*Historia literaria de la Francia*, t. XXII, p. 908.)

(6) VILLEMMAIN, *Curso de literatura francesa en la Edad Media*, leccion IX.

cia (1). Si el atacado fuese solamente el clero, si los poetas se limitasen á burlarse de los frailes, se pudiera creer que no son más que chistes de la imaginacion gala; pero no se contentan con ridiculizar á los buenos hermanos, atacan al Vicario de Cristo, preludian la Reforma, representando al Papa como una de las cuatro bestias del Apocalipsis (2). Ridiculizan los rayos de la Iglesia lo mismo que la *Zorra*; en la *Batalla de los vinos* un sacerdote inglés excomulga los malos vinos, y da á los mejores los nombres de Papa y de Cardenal (3). Los autores de los *fabliaux* no manifiestan más respeto á los Sacramentos que los poetas de la *Zorra*. La confesion es uno de sus temas favoritos, y no es la piedad lo que los mueve á hablar de ella. Lo que aumenta el escándalo es que la mayor parte de estos cuentos están escritos por clérigos (4). No hay una oracion en la Iglesia que no haya sido parodiada por poetas que *Mr. Villemain* presenta como sinceros creyentes: el *Pater Noster*, el *Credo*, la *Misa* misma, son convertidos en canciones báquicas. Este es uno de los motivos predilectos de la poesía de la Edad Media: tenemos el *Pater Noster de los vinos*, el *Pater Noster del usurero*, el *Pater Noster de amor*, el *Credo de Ribaut* (5).

No es la Francia el único país en que se manifestó la incredulidad en la poesía. En Italia habia ménos fe todavía; desde el siglo XIV tienen los poetas italianos un atrevimiento tal, que se los ha comparado con los filósofos del último siglo (6). *Boccaccio*, al considerar como iguales las tres religiones de Moises, de Jesucristo y de Mahoma, da á entender claramente que no era cristiano; si no dice que la revelacion era una impostura, no se queda corto para decir que los sacerdotes son unos bribones, y aña-

(1) CONDORCET, *Cuadro de los progresos del espíritu humano*, p. 169.

(2) GAUTIER MAPES, en su *Apocalipsis*.—Compárese la *Historia literaria de la Francia*, t. XXII, p. 160.

(3) LEGRAND D'AUSSY, *Fabliaux*, t. I, p. 35 (edic. de RENOARD).

(4) Véase la *Confesion de Goliath*, del canónigo GAUTIER MAPES, *Poem*, p. 71.—*Historia literaria de la Francia*, t. XXII, p. 158.—Hay gran número de estas parodias en latin y en alemán (GRIMM, *Reinhart Fuchs*, p. 392-409).

(5) *Historia literaria de la Francia*, t. XXII, p. 142, 143, 154.—JUBINAL, *Trovas*, p. 69.—BARBAZANO, *Cuentos*, t. IV, p. 99, 441 y 445.

(6) RUTH, *Geschichte der italienischen Poesie*, t. II, p. 146.

de, como Voltaire, que su prestigio consiste en nuestra credulidad (1). La malignidad del narrador se divierte en descubrir las prácticas del clero cuando fabrica milagros ó reliquias. Merece leerse en *Boccaccio* la historia de un santurrón italiano, al cual, después de una vida de desórdenes, se le ocurre morir como un santo varón, engaña á un sacerdote por medio de una confesion de novicio; se acusa casi de haber matado una pulga con demasiada cólera; sigue mintiendo hasta en la agonía; es canonizado después de su muerte, y hace, según dice el poeta, tantos milagros como otro santo cualquiera (2). Uno de los cuentos más chistosos del *Decameron* es el de las reliquias del Ángel Gabriel; se trata de una pluma de loro que un fraile desvergonzado hace pasar por una pluma que el Arcángel dejó en la habitacion de la Virgen cuando fué á anunciarle la Concepcion; un individuo de buen humor sustituye la pluma con carbones, á fin de desconcertar al fraile; pero éste, con admirable presencia de espíritu, transforma los carbones en reliquias y logra hacer gran colecta (3). En el siglo XV la burla de las cosas santas llegó á ser, por decirlo así, el motivo principal de una de las obras más estimadas de la literatura italiana. Se puede comparar el *Morgante Maggiore*, de Pulci, con la *Doncella*, de Voltaire: la profanacion de las cosas santas es la misma, el espíritu general es peor; el filósofo francés conserva la fe en Dios y en la humanidad, mientras que el poeta italiano no tiene ninguna creencia. Cada canto comienza con una invocacion piadosa; pero cuanto más santa es la invocacion, tanto más culpable es, si se la compara con el asunto profano é impío puesto bajo su proteccion. El primer canto empieza con el primer versículo del Evangelio de San Juan sobre el *Verbo*; en el segundo, el poeta invoca á *Júpiter crucificado*; el cuarto, parodia el *Gloria in excelsis* en versos medio italianos, medio latinos; en otro, la *Oracion dominical*; después le llega el turno á la Santísima Virgen. El Bautismo se presenta tantas veces y en circunstancias tan poco edificantes, que se hace preciso creer que el poeta quie-

(1) BOCCACCIO, *Decameron*, III, 3.

(2) VILLEMMAIN, *Curso de literatura francesa en la Edad Media*.

(3) BOCCACCIO, *Decameron*, VI, 10.

re ridiculizarlo. En el canto XVIII, *Morgante* pregunta á un gigante si cree en Jesucristo ó en Mahoma; la respuesta burlesca del poeta prueba que no creía ni en uno ni en otro. La Inquisición no se engañó al condenar semejantes poesías (1).

Uno de los más ilustres doctores del siglo XV nos dirá cuál era en aquella época el estado de las creencias religiosas en las clases superiores. *Gerson* se queja amargamente de que había muchas personas cristianas en el nombre, pero en realidad incrédulas. Los literatos, principalmente, se burlaban de la Iglesia y de sus dogmas (2). Eran interminables sus burlas sobre los demonios, que tan importante papel representaban en la religión práctica; el célebre canciller hace observar con razón que el considerar á los demonios como fabula es una impiedad condenada por la Sagrada Escritura (3). La incredulidad no podía circunscribirse á las creencias supersticiosas, puesto que la superstición y la religión eran inseparables. *Gerson* nos dice que las gentes se atrevían á atacar el dogma terrible de la predestinación; unos por curiosidad, otros por burla, preguntaban por qué reservaba Dios su gracia para algunos escogidos en lugar de salvar á todos los hombres (4). Había gentes que no querían creer más que lo que veían; preguntaban: «¿Quién ha visto el infierno, el purgatorio, el paraíso? ¿Ha vuelto alguno de allí?» Esto era negar la fe, puesto que la fe tiene por objeto las cosas invisibles; de manera que nada se libraba de las burlas de aquellos espíritus fuertes (5). *Gerson* revela un hecho todavía más extraño; la incredulidad se apoderaba del clero; los prelados se burlaban de la teología. El mal era tan grande, que el Canciller propuso se estableciera un inquisidor de la fe para reprimirlo (6).

(1) RUTH, *Geschichte der italienischen Dichtkunst*, t. II, p. 124.

(2) GERSON, *Serm.* (Op., t. III, p. 1301): «*Hinc fit ut simplices, et plerumque literis secularibus inflati, a pestiferis erroribus capiantur, seducantur, obruantur. Quot putas hanc ob causam hæreticos esse, de his qui specietenus in Ecclesia conversantur? Horresco memorans, hoc vita monstrat, voces hoc sacrilegia indicant, quas inter vina, epulas et convivia impudenter evomunt.*»

(3) GERSON, *Op.*, t. I, p. 211.

(4) GERSON, *Sermon frances* (Op., t. III, p. 1535).

(5) GERSON, *Serm.* (ib., p. 1569-1596).

(6) GERSON, *Serm.* (ib., p. 1301).—ID., *Epist.* (Op., t. I, p. 124).

La incredulidad de los encargados de conservar la fe sorprende á primera vista, y sin embargo, se explica con facilidad. Cicerón dice que dos augures no podían mirarse sin reirse. No tratamos de comparar el cristianismo con el paganismo; pero hay en la religión cristiana tantas creencias que chocan á la razón, había sobre todo en la Edad Media, tantas supersticiones, y éstas eran explotadas tan descaradamente por el clero, que la incredulidad tenía que apoderarse de los clérigos como se había apoderado de los augures. ¿Podían creer en los milagros los que los fabricaban? Y si no creían en los milagros, ¿podían creer en una revelación fundada en los milagros? Se comprende, pues, que desde el siglo XIII se hayan dirigido imputaciones de incredulidad contra el jefe mismo de la cristiandad. En una información hecha en 1310 por el papa Clemente sobre la memoria de Bonifacio VIII, hubo sacerdotes que declararon que, siendo cardenal Benito Cayetano, le habían oído discurrir con un clérigo en presencia de varias personas, sobre cuál era mejor ley, la de los Cristianos, la de los Judíos ó la de los Sarracenos, y que el cardenal acabó por exclamar: «¡Bah! ¿qué son todas estas religiones? ¡Invenciones de los hombres! No debe uno apurarse más que por las cosas de este mundo, puesto que no hay más vida que la presente.» Un abad declaró que el cardenal Cayetano había dicho: «Que no se transformaba el pan en el sacramento de la Eucaristía; que era falso que estuviese en ella presente el cuerpo de Jesucristo; que no había resurrección ni vida futura; que ésta era la opinión de todos los hombres instruidos, y que solamente los ignorantes y los simples pensaban de otra manera.» Aún en presencia de los laicos, el cardenal Cayetano hecho Papa, se burlaba de la divinidad de Cristo y llamaba necios á los que creían en el Paraíso y en el Infierno (1).

¿Se dirá que estas acusaciones son calumnias dictadas por el odio? En el siglo XV, en pleno concilio, se renovaron las mismas imputaciones contra Juan XXIII; se le acusó de negar la inmortalidad del alma (2).

(1) DU PUI, *Contienda entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII*, p. 544, 548, 550, 551.

talidad del alma y de vivir como un pagano (1). ¿Se dirá que también esto es calumnia? Lo cierto es que desde el siglo XIII, Roma, la guardadora de la fe, ejercía sobre la fe una influencia funesta: «Hay quien entra en la corte pontificia siendo buen cristiano: dice Rutebeuf, y sale convertido en falso fariseo» (2). De aquí el proverbio alemán que dice que *cuanto más cerca de Roma más impiedad* (3). Abundan testimonios para probar la incredulidad del alto clero. En el siglo XIV, Petrarca, clérigo, y que vivió en la intimidad de los grandes eclesiásticos, dice que en la corte del Papa se consideraba como una vana fábula la esperanza de una vida futura, y como tontería la Resurrección y el Juicio final (4). A medida que nos acercamos á la Reforma, la incredulidad aumenta. Jerónimo Savonarola, el ardiente predicador de Florencia, dice que había cardenales y obispos que tenían fama de negar á Dios y de burlarse de la fe cristiana (5). Pico de la Mirandola habla de un Papa que no creía en la inmortalidad del alma, y de otro que no creía en Dios (6). «¿Se quiere una prueba de la decadencia de la fe cristiana? dice Maquiavelo; pues basta considerar que los pueblos más inmediatos á la Iglesia de Roma son los que tienen menos religion» (7).

Acabamos de citar testimonios emanados de italianos, la mayor parte de los cuales eran creyentes sinceros. Todavía es más interesante ver qué impresión produjo Roma sobre los extranjeros que la visitaron, ya movidos por la ciencia, ya por la piedad. Erasmo oyó allí blasfemias horribles de Cristo y sus Apóstoles; los sacerdotes, los oficiales del Papa, daban á conocer su impiedad hasta en la celebración de la Misa (8). Hutten, el libre pensador,

(1) VON DER HARDT, *Concil. Constant.*, t. IV, p. 197, 208, 230 y sig.

(2) RUTEBEUF, *Obras*, t. II, p. 73.

(3) *Je näher Rom, desto böser Christ* (FLACH ILLYRICI poemata, p. 417; *Testium Veritatis*, p. 1912).

(4) PETRARCH. *Epist. sine titulo*, XXV (*Op.*, p. 729).

(5) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 153, nota e, p. 470.

(6) PICO *de fide* (*Op.*, t. II, p. 177).

(7) MACHIAVELLI, *Discorsi*, I, 12.

(8) ERASM. *Epist.* (*Op.*, t. III, 2, p. 1382): «*Ibidem multos novi qui commemorabant, se dicta horrenda audisse a quibusdam sacerdotibus aulae pontificiae ministris, ilque in ipsa Missa, tam clare, ut ea vox ad multorum aures percrenerit.*»

quedó asustado de la incredulidad romana; en su famosa *Trinidad* dice que hay tres cosas en las que Roma no cree, y son: la Resurrección de los muertos, el Infierno y la Inmortalidad del alma; añade que la religion consiste allí en la afición al dinero (1). Lutero vió la capital del mundo católico en una época en que aún conservaba intacta su fe en la Iglesia. ¡Qué desencanto para el cándido monje sajón! Estuvo á punto de morir á manos de unos religiosos benedictinos por haberles echado en cara que comían carne el viérnes; oyó también en Roma las blasfemias de que habla Erasmo: mientras el sacerdote alemán decía misa con unción y gravedad, los clérigos italianos le decían: «*Dale prisa á enviar el Hijo á su Madre*» (2). ¿Podremos extrañar que más tarde el reformador trate á Roma como á una prostituta?

Aún cuando no tuviéramos estos testimonios positivos, que demuestran la incredulidad de los papas y de los grandes eclesiásticos, su vida daría á conocer suficientemente sus creencias. La oposición entre la fe y las costumbres, dice *Commynes*, prueba que la fe es nula (3). Esta palabra del profundo observador tiene aplicación literal á la mayor parte de los papas del siglo XV y de principios del XVI: vivían de tal manera, dice un contemporáneo, teólogo distinguido, que era fácil ver que no creían en la Resurrección, ni aún en el Juicio final, ni aún en la otra vida (4). Un Médicis fué asesinado en una iglesia en el momento de la elevación de la Hostia, por instigación de un papa, y con la complicidad de un cardenal, un arzobispo y un sacerdote: *Voltaire* pregunta si creían aquellas gentes en la presencia real, si les quedaba el menor rastro de fe. «¿Con qué cara se atrevía á lla-

(1) HUTTEN, *Trias Romana*: «*Religionem ibi quis unius pili facit? aut aliud Romæ studium, præter pecuniæ illud, quis curat?.... Valde dubitem an centestimus quisque Romanensium vel mediocriter pie de religione sentiat.... De penis inferorum vel verbum dicere inter præclaros hos Quirites, pro anili est fabula.*» (*Op.*, t. III, p. 443, 495, 496.)

(2) MERLE D'AUIGNI, *Historia de la Reforma*, t. I, p. 244, 248-250.

(3) «Si tuvieran fe robusta y creyesen lo que Dios y la Iglesia nos mandan, so pena de condenación, conociendo cuán breves son los días, cuán horribles las penas del infierno, en el que no hallan los condenados fin ni remisión, no harían lo que hacen.»

(4) PANORMITANUS ABBAS, en FLACIUS, *Test. Veritat.*, p. 1889.

marse Vicario de Dios Alejandro VI, horror de la tierra?» (1).

Cuando los papas eran incrédulos, y su falta de fe se revelaba públicamente en su vida de desórdenes y de crímenes, ¿cómo se había de conservar la fe en el rebaño? «Nosotros los italianos, dice *Maquiavelo*, tenemos que agradecer á la Iglesia y á los sacerdotes el habernos hecho impíos y malvados» (2). La incredulidad, aunque no tan grande en otros países de la cristiandad, hacia, sin embargo, en ellos grandes estragos. *Erasmo* dice que la mayor parte de los cristianos eran peores que los turcos: «¿Cuántos hay entre nosotros, exclama, que no creen en la Resurrección ni en la inmortalidad del alma? Los turcos tienen estas creencias, y están, por consiguiente, más cerca del cristianismo que esos pretendidos fieles.» En otra parte dice que hay millares de cristianos en este estado de impiedad: «son innumerables los que dicen en su corazón: no hay Dios, y no se avergüenzan de proferir públicamente estas blasfemias» (3). No se debe, pues, la incredulidad á los filósofos del siglo XVIII; data de la Edad Media; ha nacido en el seno mismo de la Iglesia, en los tiempos de su más exclusiva dominación. ¿Cuáles fueron las causas de esta importante revolución?

(1) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 105 y 128.

(2) MACHIAVELLI, *Discorsi*, I, 12.

(3) ERASMI *Adagiorum Chil. IV, Cent. I, prov. 1* (*Op.*, t. II, p. 967).—*Id.*, *Exomologesis* (t. V, p. 160).—*Enarratio Psalmi XIV* (*ib.*, p. 293).

CAPITULO V.

CAUSAS DE LA INCREDELIDAD.

§. I. — Reaccion contra la Iglesia y la religion.

N.º 1. — Reaccion contra la dominacion de la Iglesia.

En ninguna parte es más grande la incredulidad que en Italia, cerca y bajo la influencia de aquel que se llama Vicario de Dios; así ha sucedido en la Edad Media y así sucede aún en nuestros días. El escepticismo del siglo XVIII va cediendo en todas partes á la necesidad de creer aún en aquellos que se alejan de la religion oficial. En Italia la incredulidad, segun los viajeros, es radical y parece incurable. Este hecho, singular en apariencia, se reproduce todos los dias á nuestra vista; si se quiere ver un hombre cuya impiedad llegue hasta el ateísmo, hay que buscarlo entre los que han sido educados por los Jesuitas. Esta es una gran enseñanza, pero los hombres de lo pasado no aprovechan estas lecciones. En el catolicismo la religion se confunde con la Iglesia y con ciertos actos exteriores. La reaccion contra la Iglesia y contra los actos exteriores lleva á los espíritus envueltos en esta confusión á rechazar el fondo y la forma. Esto es lo que sucedió en la Edad Media, época en que dominaban la Iglesia y el monaquismo; la oposicion contra la Iglesia y contra las obras monacales degeneró en incredulidad. Ahora bien, la reaccion era inevitable; tuvo lugar en todas las clases de la sociedad laica, porque la dominacion de la Iglesia pesaba lo mismo sobre los reyes que sobre los villa-